

EL AMOR MATERNAL.

MUCHOS géneros hay de amores, ¿no es verdad, amable lectora mia?

Hay amor á la amiga, ese afecto que no por llamarse modestamente amistad deja de tener los mismos goces y las mismas penas, las propias glorias y los propios tormentos, las mismísimas bonanzas y las propísimas tormentas, las mismas fases y alternativas, en suma, que el otro amor, el amor de un sexo á otro. Pues en resumidas cuentas, lectora mia, no hay mas diferencia, á mi ver por lo menos, que el ser la amistad un amor entre individuos de idéntico sexo.

Hay amor á un *uno*, amor que suele acarrear tan funestos resultados cuando no le guia la razon, y con el cual es necesario irse con infinito tiento, como se hace cuando se quiere coger á la voluble mariposa ó cuando se trata de cortar una rosa de castilla.

Hay amor á una palomita, al perrito faldero, á la clavellina, amor al hermano.... ¡No pocas veces he visto á preciosas señoritas á punto de desmayarse por la muerte del palomito ó del perrito ó por la marchitez de la clavellina!....

Pero bien, ¿qué vale alguno de estos amores, qué valen todos estos amores juntos comparados con el amor delicioso, di-

vino, desinteresado cual ninguno, sincero cual no otro, el amor de la madre por el hijo?

Mira, amable lectora mia, mira con qué satisfaccion tan pura se recrea esa madre en su preciosa criaturita. No acertaria uno á decir cuál de los dos serenos y apacibles júbilos es mas cándido, si el de la jóven ó el de la niña que en su regazo tiene.

Y si tú, preciosa lectora, disfrutas la dicha de tener en tus brazos, en los momentos que lees estas mis líneas, el fruto de tu tierno y legítimo amor, á la criatura que te recuerda sin cesar los sagrados vínculos que te enlazan á tu esposo y los deberes que á la faz de Dios y del mundo te has impuesto; que ausente de la patria te recuerda los sitios en que naciste y las personas que te fueron caras; que te representa, en la pureza de su tierno corazón, la inocencia de la virtud; que alegra tus horas de pesar ó tedio; si tú, digo, tienes en tus brazos, cuando esto lees, á la tierna prenda de tu legítimo, tierno y delicioso amor, bien comprenderás cuán grande, cuán puro, cuán deleitoso es el amor de madre, y cuán mezquino, impuro y tedioso son junto á él todos los otros.

ABECÉ.

ZINAIM Y NIDDA.

Traducido por la señorita doña Dolores Chavero.

(CONCLUYE.)

YO no sé; pero al oír su idioma que no comprendia, me pareció oír pronunciar una sentencia contra mi hermana y su compañera. El espanto me sobrecojió, y precipitándome por entre la selva, corrí sin saber qué camino debia seguir. Mi turbacion aumentó, me extravié, é hice vanos esfuerzos para llegar hasta la gruta... ¡Ay! era de noche cuando encontré el camino... Fué inútil por entonces apresurarme, y me dirigí lentamente á la gruta. Estaba en silencio... Nidda no estaba sentada aguardándome segun su costumbre, sobre el césped que circundaba el arroyo... no me atreví á entrar. Estaba yo débil, sin valor: con mano trémula enjugaba el sudor frio que cubria mi frente, pero súbitamente me reanimé al oír algunos lamentos; me arrojé á la gruta, y al ver á Liana suspirando y vertiendo lágrimas exclamé:

—¡Estais sola, Liana!.. ¿dónde está mi hermana? ¡hablad, os lo suplico!... ¿dónde está? Voy á buscarla y no volveré antes de haberla encontrado... Liana no me respondió: entonces comprendí mi desgracia y caí sin movimiento. Liana me levanta y consigue volverme á la vida. Le preguntaba yo sin cesar por mi hermana,

y no pudiendo por mas tiempo ocultarme una explicacion que yo exigia, bañada en lágrimas me dijo:

—Afligida Nidda de vuestra larga ausencia, quiso ir á buscaros: en vano quiso disuadirla de su funesto proyecto; pues la amistad hablaba en su corazón. No quiso oírme, y acallando con caricias las reprensiones que yo le dirigia, consiguió llevarme consigo. Vagamos mucho tiempo por entre el bosque; habiéndose separado Nidda de mí un instante, oí de repente que daba gritos lamentables. Asustada corrí hácia ella; pero ¡ay de mí! llegué demasiado tarde. Dos hombres armados se apoderaron de ella y huyeron precipitadamente. Nidda gemia como la oveja arrebatada del redil: clamaba por vos, clamaba por mí tambien; pero mi valor y mi desesperacion fueron inútiles. Después de haber seguido durante un cuarto de hora las huellas de los raptos de Nidda, me detuve agobiada por la fatiga y el dolor. ¡Oh Zinaim, perdonadme si no estoy muerta de pesar, si me atrevo á aparecer culpada á vuestros ojos! He querido instruiros de vuestra desgracia, obtener vuestro perdon y descender luego al sepulcro con menos amarguras.... Liana á

estas palabras dejó correr con mas abundancia sus lágrimas: yo la escuché sin interrumpirla y sin arrojar un suspiro.

Mis ojos enjutos, estaban llenos de furor. La ira henchía mi pecho.

—Consolaos, dije á la triste Liana, no sois culpada. Cesad de gemir, volvereis á ver á Nidda; los crueles me la devolverán muy pronto... Liana tuvo confianza en mi promesa, y me aseguró que me acompañaría en mis investigaciones. No acepté mas que sus oraciones y solo recorría la selva todos los dias. No dudando que Nidda hubiese sido arrebatada por los esclavos del castillo, al salir el sol me dirigía al pié de la montaña; allí permanecía inmóvil paseando mis miradas de ventana en ventana, con la esperanza de encontrar allí á mi hermana. No volvía á la gruta sino al acercarse la noche para consolar á Liana, que de dia en dia se ponía mas triste, mas enferma. Insensiblemente habia perdido ella la esperanza de volver á ver á Nidda, y no pudiendo vivir sin ella mas tiempo sucumbió bajo el peso del dolor. Una noche á mi vuelta recibí su última despedida y su postrer suspiro.

Zinaim calló algunos instantes para dar libre curso á sus lágrimas. Nidda lloraba tambien. Su hermano le dirigió algunas palabras para consolarla, y continuó en estos términos:

—Después de haber llorado un dia entero al lado del cadáver de la infortunada Liana, cavé un hondo sepulcro en medio de la gruta, donde deposité los restos de la que hasta aquel dia nos habia servido de madre... Desde entonces mi valor me abandonó. ¡Eran muchos males á la vez!

Sucumbiendo á la tristeza que me agobiaba, no pude elevar mi abatido espíritu sobre los pensamientos dolorosos que me atormentaban. Ya no buscaba los me-

dios de libertar á Nidda; solo me ocupaba en lamentar su pérdida, sentado frente á la torre del castillo: suspiraba y no podia hacer ningun esfuerzo para salvar á una cautiva tan querida. Después de haber llorado todo el dia en el mismo sitio, iba á verter nuevas lágrimas sobre el sepulcro de Liana. El cielo tuvo por fin piedad de mis penas, y un momento de dicha bastó para restitirme todo mi valor. Un dia que estaba yo sentado frente á la torre, observé en una de sus ventanas á una jóven apoyada tristemente contra las barras de hierro. Al verla me siento revivir, respiro, me levanto trasportado, quiero hablar, pero las palabras espiran en mis labios. No me engañé, era Nidda la que veia, eran sus negros cabellos los que el viento agitaba.

¡Que no pueda yo volar hácia mi hermana! ¡Quién estrechara el espacio que nos separa! ¡Oh, que obtenga yo al menos una mirada, una seña!... Me subí en la mas alta de las palmeras que me rodeaban y me puse enfrente de Nidda. ¡Cuál fué mi gozo al ver que me habia conocido; tendiendo la mano hácia mí, me suplicaba la libertarse; le dirigí algunas palabras. Nidda se retiró para darme á conocer mi imprudencia; mas presto volvió y entonces se estableció entre ambos una muda conversacion que duró hasta la noche. Al dia siguiente preparé todo lo que me pareció necesario para la ejecucion del proyecto que habia concebido. Trabajaba yo á la vista de Nidda y mi ardor se aumentaba por momentos. Todo estaba dispuesto: cuando llegó la noche esperé á que la luna estuviese á la mitad de su carrera, para ejecutar mi designio. Sostenido por una larga rama de árbol me elevé hasta la cima del muro, en el cual habia hecho muchas cavidades bastante anchas para que pudiese poner los piés.

Sin reflexionar un solo instante salté del muro al jardin del castillo. Aturdido de la caída, permanecí algun tiempo tendido en tierra: después me levanté y me oculté tras un bosquecillo que habia percibido desde lo alto de la muralla. Me resolví á aguardar allí el dia para examinar mas de cerca y sin ser visto, las salidas de la torre; pero pronto la impaciencia me hizo salir de mi guarida, y sin ruido me dirigí hácia el torreón, cuya elevacion me exasperaba.

Juzgad de mi sorpresa, cuando vislumbré una luz en uno de los aposentos de la torre. Me atreví á acercarme á la ventana y retrocedí asustado al ver á un hombre informe, de aspecto feroz y desagradable. Velaba solo en su oscuro aposento, y cerca de él observé sobre una mesa un manojó de llaves enormes. Sin duda, dije, este hombre es el custodio de la torre. Por él puedo obtener la libertad de Nidda. Su cuerpo es disforme, pero tal vez su alma es bella, sensible; quizá podré enternecerle con mis lágrimas y súplicas. Además, ¿qué me importa que él me detenga en el cautiverio? Estaré con mi hermana y ambos nos consolaremos mutuamente de nuestras desgracias. Sin embargo, vacilaba yo aun y temia llamar á la puerta, que estaba á algunos pasos de mí, cuando oí la voz del guarda. Comenzaba un cántico de Jerusalem, y el nombre de nuestra patria fué muchas veces repetido por él... ¡Es un hebreo! exclamé. Suspira por su patria, tendrá piedad de mí... Por fin llamé á la puerta.

—¿Qué me quieren á esta hora? murmujeó el guarda.—Concededme la hospitalidad, respondí.—¡La hospitalidad! ¿quién se atreve á pronunciar aquí esa palabra? ¿Quién sois, insensato?—Soy hebreo como vos; estoy desterrado.—Desterrado... y la puerta se abrió.—Os habeis engaña-

do, hijo mio, me dijo, haciéndome sentar. Habeis escalado los muros de este castillo con la esperanza de encontrar aquí un asilo y no encontrareis aquí mas que la esclavitud. Ahí teneis víveres, calmad vuestra hambre. Habladme un poco de nuestra patria, y luego huid si quereis tener vuestra libertad.

No comí nada, ansiaba por hacer al guarda la pintura de mis desgracias, á fin de enternecerle, y de este modo prepararle á que acogiese favorablemente mi petición. Me escuchó con atencion: pronto sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando hubé terminado mi relacion, me dijo estrechando una de mis manos contra sus labios:

—El nombre de Jerusalem que habeis pronunciado ha resonado en mi corazon, porque tambien es mi patria. Conducido aquí como esclavo, me quedé al servicio de Nicomor, señor de estos lugares. Me ha confiado la guarda de esta prision, y cumplo con fidelidad los tristes deberes de carcelero. No me quejo de mi suerte porque cada dia veo hombres mas desgraciados que yo: los desgraciados gimen en los calabozos lúgubres, cuyas cincuenta llaves veis aquí.

—¿No los conoceis? le dije.—Jamás les dirijo la palabra, porque cuando les llevo la comida, el confidente de Nicomor me acompaña. La mayor parte son hebreos como nosotros.—¿No habeis visto á una jóven?

—¡Ay! sí, ¡pobre niña! le está reservada la suerte mas amarga.

—¡Oh! entonces libertadla, porque esa es mi hermana.

Al decir estas palabras, caí á los piés del guarda y le supliqué me concediera este beneficio, pero era inexorable.

—Un paso indiscreto, la menor tentativa, me dijo, me causaria la muerte. Al

contrario, os aconsejo que huyais, ya es tiempo; porque de un momento á otro puede venir mi tirano.—Pero ¿no teneis las llaves de los calabozos de esta torre? ¿No podeis tambien huir después de haber libertado á los desgraciados que gimen aquí?

—No puedo... antes de llegar á donde están los cautivos, seria detenido por un centinela á cuya consigna debo responder. Habita encima de este cuarto: sin este obstáculo, hace mucho tiempo que hubiera libertado á mis amados compatriotas. Pero, hijo mio, os lo suplico, no perdaís tiempo; procuraré suavizar la suerte de vuestra hermana; es todo lo que puedo hacer por ella y por vos.

Al decir él estas palabras me é levanté. Se disponia á abrir la puerta del jardin, cuando de repente detúvose atónito al ver á un hombre de aspecto amenazador que sin ruido venia hácia nosotros por una puerta secreta. A la sorpresa del guarda sucedió la ira, tomó un arco y tendió una víctima á sus piés: era el confidente de los crímenes de Nicomor, la centinela que temia el guarda de la torre. Habia sorprendido todos los secretos de aquella noche, me consideraba como su presa, y gozaba de una cruel alegría cuando la muerte le sorprendió. Justamente asustado de su caída, di un grito de horror.—Silencio, me dijo el guarda. No nos perdais. Vuestro enemigo no existe ya; tomad esas llaves, esa antorcha, y venid conmigo á libertar á vuestra hermana. Los momentos son preciosos; apresurémonos.

Diciendo esto, me presentó el enorme manojó de llaves que apenas le podia llevar. Subimos por una escalera secreta á la puerta del calabozo de Nidda que asustada por el ruido de nuestros pasos, estaba de rodillas. Oraba con temor, esperando la muerte, cuando de repente me

vió en sus brazos.... ¡Oh Dios mio! qué alegría no derramaste en mi corazón en este momento! ¡Cuán dulces fueron las lágrimas que ambos derramamos! Hubiéramos permanecido mas tiempo abrazados si nuestro libertador no nos hubiera advertido que los minutos huian rápidamente.—Partid, partid, nos repetia; la tempestad nos amenaza: evitémosla.—¡Y qué! le respondí, ¿no nos acompañareis? ¿Os atreveréis á quedaros en este lugar?—No tengais cuidado, me dijo; para mí el peligro es un juguete. Hace muchos años dormia como un cobarde; vos me habeis despertado, he hecho una buena accion; pero aun quedan cuarenta calabozos que visitar, y libertar á los cautivos que gimen en ellos.—A dios, hijos de Jerusalem. Informaos del virtuoso Elzear; vive á poca distancia de aquí, id á verle y os recibirá benignamente. Dentro de poco nos volveremos á ver. Nos condujo fuera del castillo, y se volvió á la torre. Estábamos libres; nos arrojamos para dar gracias al Eterno por nuestra libertad. Antes de alejarnos para siempre del lugar donde habiamos experimentado tantas desgracias, fuimos á orar sobre el sepulcro de Liana, á la que dirigimos nuestra última despedida. Vertimos abundantes lágrimas. Tomamos después el camino que nos habia indicado el guarda de la torre, y al cabo de tres dias de fatiga y de privaciones hemos llegado á estos lugares. ¡Bendito seais, pues nos habeis dado hospitalidad! ¡El Señor os recompensará los beneficios que haceis á dos infelices desterrados! Él tambien recompensará al guarda de la torre, á quien somos deudores de nuestra libertad.

¡Pero ay! temo que su proyecto no haya tenido buen éxito, y que haya sido sorprendido al momento de libertar á los cautivos.

—Esperaremos hasta mañana, dijo Elzear. Por ahora, pensemos en descansar, pues debeis estar muy fatigados de vuestro largo camino. Si esta mansion os agrada, la habitareis todo el tiempo que gustéis, en el seno de una tranquilidad perfecta.

—Venerable Elzear, mi hermana aprovechará vuestras ofertas generosas; en cuanto á mí, pasado mañana al salir la aurora iré á informarme de la suerte de mi padre.

—Vuestras indagaciones serán en vano: no saldreis de aquí. Antes de un mes tendremos razon de vuestro padre, y por mis diligencias pronto estareis reunidos. Pero entre tanto roguemos al Señor que nos ayude, él es quien destruye los proyectos de los hombres ó los hace salir bien de sus empresas.

Elzear, Zinaim y los jóvenes rezaron con fervor, después fueron á buscar grato reposo en los brazos de Orfeo. Al dia siguiente antes que la aurora viniera fueron despertados por un gran ruido que venia por la parte de afuera. Unos viajeros habian llamado á la puerta de Elzear, la que se abrió á las órdenes de este anciano generoso, quien les hizo servir todo lo que necesitaban. Pronto supo que eran los cautivos encerrados en la torre del castillo del señor Nicomor, y puestos en libertad por el guarda á quien Zinaim debia la libertad de su hermana. Eran de diferentes naciones: entre ellos no habia mas que un hebreo, de aspecto noble, de mirar triste, inquieto y receloso. Elzear le interroga sobre sus infortunios, y responde:

—Formaba yo parte de los hebreos que fueron reducidos á la esclavitud, después de la ruina de Jerusalem. Procuré libertar á mis compañeros de los males que los agobiaban, y con tal designio, formé

Том. II.

una vasta conspiracion; pero no habiendo tenido buen éxito, me ví abandonado por un gran número de amigos, al momento de ejecutarla. Sin embargo, me atreví á sublevarme contra nuestros tiranos, y sostenido por algunos hombres valerosos, luché muchas horas con ellos, siendo el premio del combate la libertad. Escapé de las cadenas de la esclavitud, pero tenia un bien precioso que recobrar, pues habia perdido á mis hijos, mi Zinaim y mi Nidda, confiados al cuidado de una mujer virtuosa llamada Liana. Me aproveché de mi libertad para ir á buscarlos, vagué mucho tiempo por los bosques y los llanos, sin hallarlos. Tuve la desgracia de caer en las manos de los secuaces de Nicomor. Resignado con la voluntad de mi Creador, ignoraba la suerte que me estaba reservada, y esperaba tranquilamente que dispusiera de mis dias, cuando una noche el guarda de la torre me abrió la puerta del calabozo, y me dijo: "Estais libre."

Bajé con él al jardin, donde me encontré en medio de una multitud de esclavos libres. Todos nos alejamos del castillo de Nicomor, conducidos por nuestro libertador. Marchamos toda la noche con entusiasmo cayendo algunos de los compañeros enfermos. Entonces no queriendo fatigar á las mujeres que nos acompañaban, anduvimos mas despacio durante el dia, viéndonos obligados á hacer largos rodeos para evitar volver á caer en poder de Nicomor, que no dejaria de enviar á sus gentes en nuestro perseguimiento. Sin embargo, fuimos bastante felices en el camino.

Permaneceremos poco tiempo aquí, porque siempre tememos á nuestros enemigos. Mis compañeros se volverán á su patria y yo iré á buscar á mis queridos hijos.

—No teneis nada que temer del señor Nicomor, replicó Elzear, pues no se atre-

P.—35

verá á perseguiros hasta aquí, porque sabe que es culpado y que tengo mas poder que él. Los compañeros que quieran volver á su patria partirán libremente, aliviaré en parte las fatigas de su viaje, los protegeré hasta las fronteras. En cuanto á vos, os detengo aquí donde os esperarán Zinaim y Nidda.

—¡Zinaim! ¡Nidda!

—Seguidme, vais á sorprenderlos en su sueño.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el padre de Zinaim viendo á sus hijos dormidos.

Y se postró dando gracias al Señor por sus beneficios. Después se levanta para dirigirse hácia sus hijos que habian despertado dando gritos de alegría, y prodigando á su padre los nombres mas tiernos.

Entre tanto, Elzear habia vuelto con los otros viajeros á quienes animaba. El anciano guarda de la torre de Nicomor, llamado Zean, fué el objeto de sus mas tiernos cuidados; resolvió detenerle en su casa, y Zean aceptó con gusto. Todos los extranjeros le dejaron sucesivamente para volver á su patria: no quedó en su compañía mas que el padre de Zinaim. Mientras duró el destierro de los hebreos no abandonó el asilo ofrecido tan generosamente á él y á sus hijos; pero cuando el Señor se hubo aplacado, y hubo vuelto á abrir las puertas de Jerusalem á su pueblo, se separó, no sin pesar, del venerable Elzear. Prometieron volverse á ver un día y este día pronto llegó.

—Mi querida Eila, dijo una noche Elzear á su hija, el tedio se ha apoderado de mí, ¿abandonaríais estos lugares sin pesar?

—Léjos de separarme de ellos con tristeza, los dejaria con alegría porque esta no es mi patria.

—Así lo conozco, hija mia, y no querría yo morir aquí, en medio de los enemigos del Señor. Partiremos pronto para Jeru-

salen donde nos esperan nuestros amigos. Allí encontraremos á nuestros hermanos, nuestro culto, nuestro templo y nuestros sacerdotes: todos los deseos de nuestro corazón serán satisfechos.

—Algunos meses después de esta conversacion, Elzear entraba en la casa del padre de Zinaim, á quién no abandonó ya. Las dos familias no formaron mas que una: Eila y Nidda fueron hermanas, y Zinaim, el esposo de Eila. Todos vivieron en el seno de la dicha y de la paz, observando con celo todas las leyes del Señor. Zean, el antiguo servidor de Nicomor, no se separó ya de los que habia libertado del cautiverio, y su larga vejez fué dichosa y honrada en toda Jerusalem.

LENGUAJE DE LAS FLORES.

El ESCARAMUJO ó AGAVANZO (rosal silvestre) expresa promesa de casamiento: el HIGO VERDE, repulsa. La MADRESELVA AMARILLA significa inconstancia en amores; la DISCIPLINADA ó MATIZADA DE COLORADO Y AMARILLO, vínculo de amor; la que florece todos los meses y cuyas flores son ROJO Y PAJIZO, felicidad doméstica, contento; la HOJA DE PARRA significa amistad.

LA CONSTITUCION DE LOS NIÑOS.

Es un error muy generalizado el creer que la CONSTITUCION DE LOS NIÑOS se fortalece con exponerlos al frio, de donde viene la práctica absurda de bañarlos en agua fria aun en lo mas crudo del invierno. En los niños la circulacion es casi enteramente cutánea y cualquiera impresion fuerte de frio en su piel sensible y vascular, destruye la circulacion natural de la sangre, produciendo enfermedades intestinales, inflamaciones y convulsiones, las cuales si bien no destruyen la vida, sí debilitan la constitucion y la predisponen á otras enfermedades.

LA FELIZ EXPRESION.

POR ANA WILMOT.

MUY bonito está todo, todo; pero una cosa falta.

La que así hablaba era una señora llamada mistress Blowsley¹, viuda del muy lamentado Mr. Blowsley, comerciante en paños. Después de haber traído el luto todo el tiempo requerido por las leyes sociales, á la sazón vestía gozosa de blanco, gastando un lujo extraordinario. Las palabras que profería se las arrancaba la vista del retrato de su propia hermosura que le estaba haciendo un pintor de los mas diestros.

—Y ¿qué es lo que falta? preguntó el artista. ¿No es graciosa la cara?

—¡Muy bien! ¡muy graciosa!

—¿Ha mudado usted de parecer acerca del traje?

—¡Oh, no! No me parece que haya cosa mas linda que el traje de una pastora. ¡Qué bien, y con qué primor tiene asido el llamado! ¡Y la palomita esa! ¡Qué ocurrencia tan feliz! ¡Está precioso el cuadro, pero repito que le falta una cosa!

—Sírvasse usted decirme qué. Si el arte puede remediarlo, en el acto se hará. Sírvasse usted decirme lo que usted considera un defecto.

La dama se sonrojó y sonrió lo mas re-

milgadamente que sabia hacerlo y dijo luego:

—La expresion, señor.

—¡Ah!

Y el pintor se puso á mirarla y remirarla con sumo cuidado.

—Sí, prosiguió la dama, no ha logrado usted coger mi mas feliz expresion. Lo que ahora quiero es eso; mi mas feliz expresion. Tengo una razon especial para eso, y usted debe hacer cuanto pueda por dársela á mi retrato. Míreme usted y ¡á ver si la coge usted!

La dama, diciendo así, hizo por poner un semblante de lo mas interesante..... esforzóse por manifestar su mas feliz expresion.

—¡Ahora! ¡le parece á usted que podrá cogerla?

Y hablando así procuró asomar á sus labios una sonrisa de lo mas seductora, haciendo al efecto un esfuerzo, es decir un gesto que su doncella, fea como era, estuvo á punto de soltar la carcajada viéndole.

—Haré por conseguirlo, dijo el pintor cogiendo su paleta y dando al retrato unas cuantas pinceladas. Ahora, ¿qué le parece á usted?

Mistress Blowsley estuvo examinando el retrato, y meneando la cabeza.

¹ Bló-oslé.